

DIFERENCIAS TEORICAS ENTRE LA RETORICA DE PERELMAN Y MCCLOSKEY*

*Rejane de Fátima Araújo
Universidade de São Paulo
rejane_ar@yahoo.com.br*

*Ana Maria Bianchi
Universidade de São Paulo
amafbian@usp.br*

Resumen

El objetivo de este artículo consiste en contrastar los elementos del programa de investigación retórico iniciado por D. McCloskey con el de la 'nueva retórica', cuyo principal expositor es Chaim Perelman. Comparar los fundamentos de ambos programas de investigación, el primero vinculado con los trabajos de R. Rorty y el segundo, los de Perelman, con la filosofía aristotélica. Defendemos el punto de vista de que el fundamento alternativo de la nueva retórica le permite responder mejor a algunas de las críticas formuladas contra la propuesta de McCloskey.

Palabras Claves: retórica; nueva retórica; metodología de la economía; D. McCloskey; C. Perelman.

Este artículo contrasta elementos del programa de investigación retórico inaugurado por D. McCloskey con los pertenecientes a la 'nueva retórica', cuyo principal expositor es Chaim Perelman.¹ Nuestra lectura está guiada por la observación de que las diferencias entre sus objetivos derivan del marco filosófico que sostiene a cada una. El enfoque de McCloskey se vincula con las proposiciones del neopragmatismo,² que se basan manifiestamente en los trabajos de Richard Rorty.³ El enfoque de Perelman se basa en la filosofía aristotélica. Defendemos el punto de vista de que el fundamento alternativo de la nueva retórica le permite responder mejor a algunas de las críticas formuladas contra la propuesta de McCloskey. Dadas sus intenciones antiepistemológicas, el neopragmatismo adiciona obstáculos a quienes han acompañado a la retórica desde sus orígenes griegos. La filosofía aristotélica, por el otro lado, defiende la legitimidad de la retórica como un procedimiento racional, precisamente a través de una restricción de su alcance.

* Los autores agradecen a los participantes del 5º Congreso de la Sociedad Iberoamericana de Metodología Económica -SIAME- llevado a cabo en la Universidad de San Pablo el 29 y 30 de septiembre de 2005, por sus comentarios.

Nuestro texto está dividido en cinco secciones. En la primera, resumimos el principal argumento del artículo seminal, “The Rhetoric of Economics”, publicado por McCloskey en 1983, con el propósito de resaltar, además de la influencia declarada, la concordancia de los argumentos del autor con proposiciones neopragmáticas. Debemos considerar algunas de las críticas que fueron dirigidas contra esta propuesta, la cual podría -más o menos- dividirse en críticas de naturaleza filosófica y en críticas de naturaleza sociológica. En la tercera sección, proseguimos con la lectura de los trabajos de Rorty que nos permite entender con mayor precisión el mensaje de McCloskey tanto del artículo original como el de respuesta a sus interlocutores. En la cuarta sección presentamos las principales características de la nueva retórica, prestando atención a los elementos que hacen de ella una propuesta más prometedora en respuesta a las críticas dirigidas a McCloskey. Finalmente, la quinta sección es dedicada al escrutinio de los más prominentes aspectos de la retórica clásica, sobre las cuales se basó la alternativa de Perelman, enraizadas en el papel de las audiencias, el razonamiento dialéctico y la idea de adhesión.

Debemos también resaltar el hecho de que la nueva retórica ya se utilizaba en aplicaciones prácticas de análisis retórico, representadas en los trabajos de Salviano Jr. [1993], Bianchi [2002] y Bianchi & Salviano [1999].⁴ En particular, estos trabajos debaten que el énfasis de la nueva retórica sobre las audiencias la vuelve compatible con estudios de carácter sociológico. Nuestra lectura coincide con esta perspectiva, que de hecho es corroborada por la relación que identificamos entre Perelman y el sociólogo Eugène Dupréel. En la extensa literatura generada por el artículo y el libro de McCloskey los aspectos teóricos de la nueva retórica no han recibido aún la debida atención. Nuestra contribución busca llenar ese vacío.

1. La retórica de la economía en McCloskey

Durante su campaña, McCloskey se presenta como un economista interesado en dialogar con los sectores de cultura ‘no matemática’, interés que surge de un creciente descrédito frente a posturas positivistas asumidas por economistas. De acuerdo con el autor, el *discurso oficial* de los economistas basado en el formalismo matemático impide la conversación con sectores de cultura literaria. Esta es la proposición con la cual empieza su artículo. Sin embargo, este formalismo consiste en figuras retóricas: los modelos matemáticos pueden ser considerados como metáforas; contrastaciones estadísticas, como analogías; argumentos de mercado pueden ser tomados como argumentos de autoridad. Desde el comienzo, podemos identificar dos aspectos esenciales del pensamiento de McCloskey: *una preocupación por superar los límites impuestos por una metodología prescriptiva y el énfasis sobre el aspecto literario de la retórica.*

Otros aspectos fundamentales se encuentran en el “*exordio*” que abre el libro, expresado en oraciones ejemplificadoras: “Las figuras retóricas no son meros adornos. Piensan por nosotros” [1985, p.xvii]. Para remover la connotación de “mera retórica”, el autor sugiere sutilmente un lenguaje que *constituye* pensamientos, aparentemente presentando un grado de autonomía en relación con las intenciones humanas. McCloskey luego desarrolla la preocupación, permanente en la filosofía neopragmática, por la *confluencia* de ciencia y otras áreas del conocimiento: “Buenos poetas, aunque no son científicos, son serios pensadores de símbolos; (...) Buenos científicos también utilizan el lenguaje” [*ibid*]. Seguidamente, viene su primera definición de retórica: “El prestar atención a la propia audiencia es llamado ‘retórica’, una palabra que utilizaré numerosas veces”. Notaremos que el término será genuinamente utilizado en exceso, hasta el punto de ser *solo una* de las varias definiciones de retórica que McCloskey utiliza.

Los objetivos del texto son también determinados al comienzo de esta conversación: “El propósito de pensar en cómo conversan los economistas entre sí es para ayudar a su campo a madurar, no para atacarlo” [1985, p.xix]. En este sentido, el autor intenta disipar las críticas que considera equivocadas, tales como aquellas relacionadas con la matematización de la economía o con el realismo de los supuestos. A pesar de esto, el requerimiento de predicción (*à la* Friedman) es atacado desde el comienzo: “[La economía] falla tanto como el pronóstico del tiempo” [*ibid*]. En realidad, mientras la intención inicial puede no haber sido la de atacar, el tono del resto del artículo indica un cambio de plan. No podríamos incluso cuestionar si McCloskey atacó lo que debería haber atacado [Mirowski, 1988], o si propone una concreta alternativa a lo que apunta destruir. De todas maneras, los títulos de las subsecciones -“El modernismo es un método *pobre*”, “Buena ciencia es *buena* conversación”- claramente sugieren que hay juicios de valor implicados por las proposiciones, más allá de la mera indicación de prácticas no oficiales. La demanda del autor respecto de que la economía debería promover su “autocomprensión”, para reflexionar acerca de su propia dinámica en la práctica, concordantes con las proposiciones ‘terapéuticas’ del neopragmatismo, pareciera depender de... un buen psicoanalista. Hecha esta introducción, continuamos examinando la parte central del libro. McCloskey asume un nivel mínimo de acuerdo entre economistas que les permite ser identificados como miembros de determinada comunidad: “Ellos acuerdan especialmente acerca de cómo hablar como economistas” [1985, p.3]. Dicho esto, nuestro autor pasa a caracterizar la *progresiva matematización* del lenguaje hablado por esta comunidad. Afirma que este proceso tuvo el mérito de permitir que ciertas preguntas y respuestas sean formuladas con mayor claridad, evitando innecesarias confusiones conceptuales. A pesar de los beneficios, sin embargo, este cambio en el lenguaje implicó costos significativos, los primeros dos siendo la obstrucción del diálogo con otras áreas no

matemáticas (una vez más, la preocupación por las barreras para el diálogo interdisciplinario) y la ilimitada arrogancia de los economistas jóvenes, quienes han dominado las técnicas. Pero el tercer costo consiste en el argumento que orienta todo lo que resta del artículo: el proceso de matematización ha causado en los economistas una aproximación filosófica a una línea positivista, a la manera de las ciencias exactas. El argumento es extremadamente claro: la inflexión del lenguaje en el corazón de la teoría *ha conducido* a una inflexión metodológica en un contexto metateórico, que se mueve hacia una epistemología de variedad positivista. Esta causalidad debería ser subrayada, dada la forma en que el neopragmatismo considera al lenguaje, la cual es descripta más adelante en el texto.

McCloskey luego habla de la presencia de tales corrientes filosóficas en el discurso oficial de los economistas. Las resume bajo la etiqueta de ‘modernismo’, la cual simultáneamente apunta a hacer referencia a la figura de Descartes, considerado el fundador de la ‘filosofía moderna’, así como también al carácter difuso de tales doctrinas, las cuales están impregnadas en las actitudes de otros sectores de la cultura y la sociedad. En el campo de la epistemología, el modernismo promueve la separación de ciencia de las áreas no cuantificables de estos mismos sectores: “El Modernismo ve a la ciencia como axiomática y matemática, y considera el dominio de la ciencia separado del dominio de la forma, el valor, la belleza (...)” [1985, p.6]. Esta postura aparece en las concepciones de todas las escuelas económicas, desde la neoclásica hasta la marxista. La misma recibió fuertes influencias de falsificacionismo de Popper y su más intransigente formulación en el muy conocido artículo de Friedman de 1953.⁵ Es importante destacar que McCloskey reconoce la utilidad de este artículo en un contexto de “teoría sin hechos y hechos sin teoría” [1985, p.9]. El problema es que ha excedido los límites de su utilidad, generando varias pérdidas, incluida la obstrucción del diálogo con otras disciplinas. Vale la pena recalcar que la identificación y el combate de enfoques y discusiones que no son útiles es una de las principales banderas del neopragmatismo.

Nuestro autor resume la visión modernista en once máximas. En coincidencia con Anuatti Neto [1994], podríamos separar aquellos que dependen de lo que nos arriesgamos a llamar *supuestos ontológicos*, los cuales convergen hacia la posibilidad de verificar (o falsar) proposiciones teóricas desde una base empírica, de los que dependen de los ‘*supuestos epistemológicos*’ del positivismo, en McCloskey más específicamente centrado en el reclamo de que las reglas metodológicas son capaces de proveer un criterio de demarcación entre lo científico y lo no científico.

A fin de descalificar tal conjunto de reglas en el campo de la economía, McCloskey examina varios movimientos históricos tendientes al surgimiento de escuelas, e

intenta demostrar cómo este éxito fue independiente de sus postulados modernistas. Esto resalta la disonancia entre las muy proclamadas prácticas oficiales y las prácticas no oficiales de la disciplina. Según él, ni los keynesianos de 1930-60, ni la contrarrevolución monetarista de 1960-1970 sumaron apoyo en virtud de las proposiciones estadísticamente formuladas y probadas. En el caso del monetarismo, por un lado, si su *líder* Friedman fue por excelencia el defensor del modernismo, por el otro, el tamaño del libro que escribió con Schwartz sobre la historia monetaria de Estados Unidos (un valor estético, según la concepción de McCloskey) es uno de los factores que más contribuyó para garantizar el ascenso del monetarismo.

No fueron estos argumentos, sin embargo, basados en el *métier* del economista, los cuales sobresalieron frente al ataque lanzado por McCloskey en contra de los mandamientos del modernismo. Este lugar es ocupado por argumentos de orden filosófico que desplazan desde el principio cada uno de los dos conjuntos de supuestos sobre los cuales se basan las reglas oficiales. Incluso podríamos hablar del uso de *argumento de autoridad*, en el sentido que McCloskey sostiene que los avances en la metodología de la economía deberían acompañar aquellos que se observen en la filosofía. Justifica su razonamiento citando que son los economistas y los metodólogos quienes se basaron en *argumentos de autoridad* cuando adoptaron supuestos y prácticas modernistas. Por esto, dado que la filosofía ha cambiado su actitud al haber superado al positivismo, la metodología debería seguir sus pasos:

La confianza en la filosofía fue un error táctico, dado que la filosofía cambiaba a medida que hablaba. (...) Algunos filósofos ahora dudan en la empresa de la epistemología, con sus demandas para fundamentar el conocimiento. Muchos más, como ya he dicho, dudan de la seguridad de las prescripciones de la epistemología modernista [McCloskey, 1985, pp.12-13, traducción propia].

Con relación a los supuestos ontológicos, las prácticas no oficiales de adhesión a teorías sin legitimación empírica, ilustradas no solo por economistas, sino también por otros episodios de la historia de la ciencia, serían un síntoma de la imposibilidad de encontrar una base empírica “objetiva” para justificar conjuntos de teorías. En última instancia, incluso cuando la base está aparentemente disponible, depende de las creencias del científico.⁶ Con relación a los supuestos epistemológicos, la sección “Cualquier Metodología basada en reglas limitantes es objetable” cuestiona directamente la necesidad de un criterio de demarcación entre ciencia y no ciencia, defendido por Popper [1968] y con eco en la economía por parte de Blaug [1980]. Las objeciones de McCloskey se basan en Feyerabend y la mayor parte en Richard Rorty. Al igual que Rorty, el autor afirma que las *discusiones acerca de la naturaleza de la verdad son infructuosas*. (Irónicamente, gran parte de las críticas dirigidas a

McCloskey se concentraban precisamente en el estatus de la noción de verdad.) Puede verse el hecho de que a la descalificación de los supuestos le sigue una sección dedicada a la definición de ‘buena ciencia’ y ‘buena conversación’ -el adjetivo ‘buena’ se caracteriza por las reglas de *Sprachethik* como lo define Habermas⁷- como un intento de defenderse a sí mismo contra las acusaciones de relativismo. Sin embargo, la solución no satisface a sus críticos, quienes demandan mayor precisión en relación con la dinámica de las verdades con una ‘v’ minúscula.

McCloskey luego extiende su argumento, identificando en la física y las matemáticas movimientos hacia la retórica como la mejor forma de estudiar la producción del conocimiento, en vistas de su naturaleza retórica. En otras palabras, no fue solo la filosofía como disciplina general la que estaba desilusionada con los postulados positivistas, su insuficiencia e inadecuación también estaba revelada en la *praxis* de las ciencias matemáticas. La autoridad modernista resultó ser un mito.

En este momento, deberíamos indicar cierta incoherencia en la apelación al argumento de autoridad de McCloskey. Tal como señalamos, empieza su artículo describiendo un proceso en el cual la verdadera dinámica del lenguaje en economía, en el sentido de la matematización, lo acercó a filosofías ‘modernistas’. Presentado de esta forma, el lenguaje lleva consigo cierta autonomía, operando como ‘causa’ de un movimiento hacia filosofías modernistas. Podríamos así preguntar por qué es incapaz de generar el movimiento a la inversa. ¿Por qué el cambio en la dirección del enfoque antimodernista no ocurre espontáneamente, sino que debe ser impuesto como una necesidad? Peor aún, ¿una ‘demanda’ para cumplir costumbres que *de facto* caracterizan la práctica de los economistas? ¿No sería obvio? Sugiere que la retórica, por lo menos en el sentido que le da McCloskey, es incapaz de abarcar todo, como sus críticas señalan. En este punto, es posible anticipar un argumento que solamente exploramos en detalle al final de este artículo. Bajo la influencia de Rorty, McCloskey podría simplemente no querer dar cuenta de nada o casi nada de lo que sus críticos quisieran.

2. Críticas de la retórica de McCloskey

La recepción del artículo y del libro de McCloskey se caracterizó por dos reacciones básicas: (i) un simple rechazo de la propuesta retórica; (ii) la aceptación de la misma con varios grados de reserva. El primer grupo consistió en economistas y metodólogos quienes se identificaban, hasta cierto punto, con la metodología modernista, especialmente con preceptos epistemológicos defendidos por el positivismo y el falsacionismo. Como contrapartida a este alineamiento podemos identificar la tendencia a tomar el concepto de retórica en su connotación de ‘mera retórica’, muchas veces asociada con demagogia, falacia, ampulosidad y otros defectos.

El segundo grupo de críticos se inclinó por rechazar la epistemología positivista. Sin embargo, a pesar de que podían reconocer el potencial beneficio de la retórica, consideraron que estos beneficios debían ser aprehendidos desde una perspectiva epistemológica alternativa. Este grupo incluyó a Mäki, Coats, Caldwell y Coats, Mirowski, y Paulani. La adopción de ese enfoque alternativo impuso la sistematización del marco teórico, especificando sus conceptos y considerando sus vínculos con programas de investigación similares. Debemos concentrar nuestra atención en este grupo, dado que proveyó continuidad al debate sobre la propuesta de McCloskey. A fines de analizar, podemos dividir sus observaciones en críticas de *orden filosófico* y en críticas de *orden sociológico*. Esta primera subdivisión resume cuestiones referidas al estatus epistemológico y ontológico de la retórica, mientras la segunda requiere del programa retórico un análisis más allá de la mera identificación de recursos lingüísticos y toma en consideración las características de la sociedad de la cual el discurso forma parte. Sin embargo, como sugerimos arriba los dos órdenes de críticas convergen; ambos concluyen en demandar la formulación de criterios que permita el reconocimiento del ‘buen discurso’.

Uskali Mäki [1988a, 1988b y 1993] puede ser considerado como el representante principal de la crítica filosófica. El se opone claramente al positivismo y cree que la retórica puede contribuir ampliamente con la epistemología y metodología alternativas. Pero es precisamente porque persigue sólidas ‘alternativas’ que critica lo que podemos denominar la manera ‘caótica’ en la que McCloskey presenta su propuesta. Esta manera, como él señala, representa el vínculo de este último con el pragmatismo rortyano, el cual anhela descalificar cualquier tipo de epistemología. Mäki propone que la retórica debería estar asociada con una *epistemología realista*⁸ que, entre otras cosas, sostenga la necesidad de buscar la verdad en un discurso. Varios trabajos se han dedicado a la evaluación de sus críticas, por lo que solo nos interesa reproducir los elementos que denoten las dificultades impuestas por la vinculación con la filosofía de Rorty.

Mäki [1988a] sitúa al programa de investigación de McCloskey en medio de una secuencia de tres enfoques metodológicos en el pensamiento económico: ‘reglas con realismo’, caracterizarían los trabajos previos al artículo de Friedman; ‘reglas sin realismo’, posición favorable a esta última; por último, ‘retórica sin realismo’, caracterizaría el programa de McCloskey. Con el objeto de defender un cuarto enfoque, ‘retórica con realismo’, Mäki afirma que la propuesta retórica ha identificado de manera incorrecta las características de su objetivo al asociar los defectos del modernismo con una supuesta preocupación por la verdad. El problema es precisamente el opuesto: para los modernistas, el trabajo metodológico debe proveer un criterio para reconocer la teoría que mejor se aproxima a otros ideales, sea cual fuese. Postular

‘reglas’ es el sello de este enfoque. Al mismo tiempo, al interpretar incorrectamente el modernismo, McCloskey se asocia a sí mismo con el pragmatismo, enunciando que la tarea de teorizar en economía es asociado con “creación del mundo más que descubrimiento del mundo” [1988a, p.93]. Mäki se refiere más específicamente a la concepción instrumentalista de la metodología, incluso aunque difiera del instrumentalismo tradicionalmente asociado con Friedman, con esta última figura, defendiendo la predicción como un criterio científico, ¡concediendo un mínimo de relevancia a la epistemología!

A grandes rasgos, la propuesta en favor de la conexión entre la retórica y el realismo es formulada de la siguiente manera. Mäki afirma que la retórica defendida por McCloskey es realista desde un punto de vista metateórico. En un nivel elemental, supone la existencia de un universo a ser descrito (el mundo de los economistas), y en un nivel más profundo, asegura que la descripción del mismo es verdadera.⁹ Además, si McCloskey alegara que la filosofía no debería interferir en la práctica de los economistas, debería defender el realismo teórico de esta práctica, dados los metodólogos interesados en describir su necesidad de suponer que se desarrollan en medio de un universo que existe; más aún, cuando se lo cuestiona,¹⁰ los economistas han ratificado su interés en buscar la verdad. En el caso de que nuestros autores abandonasen el postulado de no interferencia por parte de la filosofía, sería posible reconciliar su realismo metateórico con la hipótesis arbitraria de instrumentalismo teórico por parte de los economistas. Habiendo reconocido esta posibilidad, Mäki -sin embargo- refuerza la importancia del realismo en la economía:

Si nosotros tenemos *la inclinación* de aprobar la idea intuitivamente tentadora que es el *ejercicio de la ciencia* -economía incluida- para ayudarnos a entender el mundo, luego parecería seguirse que el conocimiento de lo que hay en el mundo -qué tipos de entidades, poder causal, estructura, etc., existen- es esencial para la ciencia. (...) Ambiciones de tipo epistemológicas y veritativas serían legítimas, si no frecuentes, en la investigación económica. Conversaciones a lo largo de las fronteras que dividen varias escuelas de pensamiento serían alentadas debido a que *el único mundo externo* constituiría el *objeto común* de teorización [Mäki, 1988a, p.106, énfasis agregado].

Podríamos notar que el argumento que hasta este punto había asumido una eminente forma lógica, algunas veces en la forma de proposiciones lógicas, se muestra a sí mismo dependiente de concepciones normativas altamente peculiares. Mientras estas son legítimas desde nuestro punto de vista, las ambiciones de lo recién citado serían descalificadas por Rorty, como veremos abajo. En particular, referencias al ‘ejercicio de la ciencia’ y el ‘objeto común’ lo enervan. El punto importante es que

dada la influencia de Rorty sobre McCloskey, no deberíamos sorprendernos por la débil respuesta que el segundo ofrece a los cuestionamientos de Mäki. Sus evasivas para explicitar con precisión a lo que se refiere con realismo mientras proclama su realismo podría incluso ser tomado como una invitación a ‘cambiar el tema’: “Yo mismo me declaro abiertamente un realista. (...) (Pero) me pregunto si llegaremos a lograr demasiado en tal nivel de abstracción” [McCloskey, 1988b, p.153]. Una vez más, el autor toma una actitud típicamente neopragmática, como observaremos más adelante.

El artículo de Mäki resalta por disparar la compleja discusión sobre la relación entre verdad y retórica, una preocupación compartida con otro de los interlocutores de McCloskey y la cual se remonta a los orígenes de la retórica en el mundo griego. La asociación entre el programa retórico y el pragmatismo complica aún más una relación que en sí misma no es simple. En general, la filosofía pragmática trabaja con concepciones del lenguaje y la verdad que son altamente peculiares y asociadas con la idea de ‘crear al mundo’, en contraste con la idea de descubrimiento que tradicionalmente maneja la epistemología. Por último, es la identificación del lenguaje como un tipo de ‘supervivencia mecánica’ que acerca la filosofía pragmática a la retórica. La perspectiva realista, por el contrario, se caracteriza por su defensa de la noción de descubrimiento tanto como una posibilidad verdadera y como, al menos, una motivación para los proyectos humanos.

En relación con la cuestión de la verdad, Mäki [1993] propone la distinción entre dos funciones del lenguaje, una retórica y la otra representacional. En su función retórica, el lenguaje tomaría la responsabilidad por intensificar la creencia de cierta audiencia en un número de supuestos, de manera que esta creencia será transferida a la serie de conclusiones derivadas de esos supuestos. Tenemos aquí, de acuerdo con el autor, una *teoría de la justificación por coherencia*: la plausibilidad de un argumento dado depende de la consistencia entre sus oraciones o sus supuestos constituyentes. Este es un atributo sintáctico y pragmático del lenguaje¹¹ que, una vez reconocido por el realismo, lo aleja de los pasturas fundacionalistas. De esta forma, las conclusiones no serían justificables sobre la base de revelaciones, representaciones privilegiadas y actos similares, pero sí por otros enunciados, según el humor de la audiencia. Por otro lado, en su función representacional, el lenguaje describe el mundo que lo rodea. Aquí introducimos un nivel semántico asociado con teorías de la verdad por correspondencia. De acuerdo con Mäki, hay varias variantes a estas teorías, pero el punto crucial es que el lenguaje se refiere a algo, a conocimientos particulares, sin importar el humor de las audiencias y la estructura de las oraciones. En pocas palabras, cualquier argumento puede ser descalificado en términos de plausibilidad, en su función retórica, y en términos de verdadero o falso, en términos de su función representacional.

Para el realista, los dos niveles son independientes, aunque puede ser necesario entender las relaciones entre ambos. Es importante observar que posturas no realistas pueden caracterizarse por el hecho de que ellas combinan el nivel de justificación con lo que podríamos llamar el nivel ontológico de buscar la verdad. Cuando McCloskey [1985, p.47] afirma que la idea de verdad con una 'V' mayúscula es inoperativa, en contraste con el límite impuesto por lo que es meramente persuasivo para los grupos involucrados en la discusión, corrobora la observación de Mäki. Este último cuestiona, sin embargo, el criterio que en este caso garantizaría la calidad de un argumento dado. El observa, de acuerdo con la concepción de McCloskey, que una de las posibilidades es que la verdad de las proposiciones dependa de las creencias de un grupo privilegiado, posiblemente demarcado por los parámetros de la conversación civilizada, como en el *Sprachethik* habermasiano. Al mismo tiempo, incluso si este criterio garantiza una 'buena' conversación (Mäki comienza a sospechar, en función del mismo enfoque de McCloskey, que no es así), la crítica afirma que aquello es insuficiente para describir la retórica de los economistas, que está sujeto a un conjunto de consideraciones morales mucho más amplio. En la práctica, las conversaciones entre economistas no son tan educadas. Y si la pauta habermasiana de conversación es genuinamente un ideal, implica una actitud prescriptiva, una metodología. Asimismo, Mäki sugiere que el contexto argumentativo, compuesto por orador y audiencia, es un subcontexto social con sus propias características, aunque sujeto a las influencias de un más extenso entorno social; el error de McCloskey sería simplemente considerar esto como mimesis de cada uno.

La dirección que toma la discusión de Mäki es consecuentemente curiosa. Poco a poco, la discusión de carácter filosófico, que defiende la combinación epistemológica y ontológica entre la retórica y el realismo, converge hacia el requerimiento de coordinación entre el programa y los estudios de naturaleza sociológica de McCloskey. En particular, Mäki defiende la asociación con los avances en la sociología del conocimiento, que se alinean con la propuesta de Coats.

Podríamos de esta manera pasar al citado autor, quien en su artículo de 1988 fortaleció numerosos aspectos explorados en Caldwell & Coats [1984]. El último fue una de las primeras críticas al trabajo de McCloskey, en el cual los autores defendieron la inserción de la retórica en una perspectiva metodológica. Caldwell & Coats agregan, sin embargo, que el interés epistemológico por la 'buena' metodología depende de la unión de elementos normativos, usualmente filosóficos, con elementos descriptivos derivados de investigaciones más concretas. Más aún, ellos observan que McCloskey, mientras se preocupa en diferenciar la 'buena' retórica de la 'mala', no responde al interrogante fundamental de cómo distinguirlos. En armonía con Mäki, los autores cuestionan la solución de afirmar que 'participantes bien educados', quienes son

‘adecuadamente influyentes’ (dentro del espíritu de *Sprachethik*), sabrán cómo establecer esta distinción: después de todo, ¿quiénes son los más influyentes y por qué? Tampoco la inversión de causalidad contribuye a la solución del problema: si los individuos son influyentes porque utilizan argumentos persuasivos, el próximo desafío es descubrir por qué ciertos argumentos son persuasivos.

En este sentido, Caldwell & Coats sugieren que el proyecto retórico interactúe con estudios sociológicos, llamando la atención en particular, al contenido del llamado ‘programa fuerte’ de la sociología del conocimiento. En Coats [1988], la sugerencia es reiterada. El programa fuerte, en una primera aproximación, es muy similar a la propuesta de McCloskey a causa de su relativismo y su énfasis en las prácticas de científicos, en lugar de preceptos metodológicos prescriptivos. A pesar de su parecido inicial, el programa en cuestión promovió “una epistemología relativista más elaborada y más explícita que el programa KM [Klamer/Mc Closkey]” [Coats, 1988, p.80], promoviendo investigaciones sociológicas e históricas más ricas en detalles, en lugar de limitarse a sí mismas a los aspectos literarios de la retórica. Al igual que Mäki [1988, p.66], Coats resalta el hecho de que las diferencias entre las propuestas se deben posiblemente a dos modos opuestos de concebir el lenguaje: ‘un epifenómeno discernible de la verdadera práctica científica’ *versus* la superposición o completa identificación (indiscernibles) con acciones, siendo esta última visión la que orienta la retórica de McCloskey.

No obstante, Coats reconoce que no deberíamos exagerar las virtudes del programa fuerte. Al igual que McCloskey, este programa tiende a ser escéptico con los estudios filosóficos sobre la verdad, equiparando todo tipo de conocimiento y negando la posibilidad de una clara distinción entre ciencia y no ciencia. Un énfasis exagerado en los determinantes sociológicos y la dificultad de sistematizar los resultados son otras de las críticas usualmente dirigidas hacia el programa fuerte.¹² En resumen, Coats propone la unión de esfuerzos desde una perspectiva retórica con aquellos de la sociología del conocimiento, aunque dentro de una visión que reconozca que las creencias e intereses científicos se influyen mutuamente, sin una única dirección de causalidad.

Mirowski [1988] es otro autor que debería mencionarse respecto de críticas de tipo sociológico. Concentra su atención en los atributos de la metáfora científica y critica la tendencia de McCloskey a equiparar su estatus con el de la metáfora literaria, cuya evaluación es guiada por criterios de estilo y estéticos. Sin embargo, incluye esta crítica en una oposición más general hacia el programa de McCloskey, el cual considera fue formulado de forma tal que protegiera la teoría neoclásica. Al defender las características de estilo de la metáfora sin prestar atención a su rol cognitivo, McCloskey evita críticas sustanciales al programa neoclásico. Por un lado, es posible

que se haya exagerado al afirmar que McCloskey elaboró su punto de vista con el deliberado propósito de proteger la teoría neoclásica; por el otro, no obstante, la preliminar exclusión de cualquier posibilidad de crítica a esta teoría parece, de hecho, ser injustificada.

De acuerdo con Mirowski [1984], el marco neoclásico se ha erigido sobre una única metáfora matemática, tomada de segunda mano del modelo de energía de los físicos del siglo XIX. Por un lado, admite que las metáforas son fundamentales en la práctica científica dado que transmiten y generan cadenas de significados, es decir, que transfieren los predicados de un tema hipotético hacia uno concreto.¹³ Por el otro lado, no obstante, Mirowski defiende la necesidad de evaluar las analogías previas de dichos sistemas, dado que ellos limitan la posibilidad de esta transferencia. Aquí reside la falla de la transferencia neoclásica. Los autores neoclásicos no se han preocupado por evaluar previamente la compatibilidad entre la física y la economía; en la asociación de 'utilidad' con 'energía' se olvidaron de considerar los supuestos de la conservación que legitimizan el uso de técnicas de optimización dinámica.

A la luz de esto, Mirowski se pregunta cuáles son las características que hicieron del programa neoclásico un programa persuasivo. La respuesta fundamental, según él, puede encontrarse en autores ligados al programa fuerte de sociología del conocimiento que proponen que todas las sociedades deben perseguir la comprensión del orden natural con el propósito de legitimizar su orden social. [Mirowski, 1988, p.140]. En este sentido, el llamado 'vicio cartesiano', el cual impregna la teoría neoclásica y la metodología positivista, recurrió a una estrategia de legitimación natural de manera que promueva un discurso aséptico y destierre las influencias de las emociones y otros atributos humanos de la argumentación. Mientras deberíamos considerar las afirmaciones de Mirowski ante las críticas al programa fuerte, los vínculos entre la propuesta de McCloskey y el neopragmatismo podrían implicar que este llamado al orden natural está también presente en la retórica de McCloskey.

Además de esta cuestión de compatibilidad es importante notar que Mirowski se une con casi todos los interlocutores de McCloskey en la demanda de asociar la retórica con otras disciplinas sociales. Su imagen de la persuasión como un proceso que construye discursos o ideas deja un rol activo al lenguaje. Por sobre todo, señala el hecho de que la persuasión no puede renunciar a su potencial crítico. Es un instrumento (para afrontar al mundo, a otros, a uno mismo), pero un instrumento crítico, orientado por ciertos objetivos. Es interesante destacar que el artículo de Mirowski ejerció influencia sobre la mayoría de los estudios brasileños dedicados al tema de la retórica, como en Anuatti Neto [1994] y en Salviano Jr. [1993]. De hecho, este último observó que *"el análisis retórico es también un discurso en sí mismo"* [ibid,

p.7] y por tanto, el examen del discurso retórico lleva consigo influencias que también necesitan ser examinadas. Seguidamente podemos observar que el énfasis de la retórica à la Perelman en el estudio de audiencias y la adhesión a estas creencias proveen un medio que es más favorable para los estudios sociológicos y las perspectivas realistas, como el mismo Salviano Jr. y Aldrighi y Salviano Jr. [1996] sugirieron.

Finalmente, deberíamos señalar que las respuestas que McCloskey da a sus interlocutores son por lo general reticentes, aunque enfáticas. Tienden a reiterar que la *conversación*, sea lo que fuera, es todo o al menos todo lo importante. El autor proclama que “la parte central del así llamado Programa Fuerte en la Sociología de la Ciencia se superpone con una crítica específicamente retórica. Sociología y retórica son lo mismo” [McCloskey, 1988c, p.254]. Si, por un lado, la turbulencia generada por el trabajo de McCloskey alcanzó su objetivo inmediato de llamar la atención al aspecto retórico de la argumentación de los economistas, irónicamente por el otro, el autor parece poco comprometido en avanzar en la discusión generada por el impacto de sus afirmaciones. Veremos más abajo que este desinterés es entendible considerando las propuestas filosóficas que respaldan su enfoque.

3. El vínculo con el neopragmatismo

Como habremos notado, la afinidad de McCloskey con la filosofía neopragmática es sugerida por su tendencia antiepistemológica y su crítica a la noción de verdad, la cual es expresada a través de repetidas referencias a Rorty. Para demostrar esta afinidad, empezaremos citando la introducción del libro *Philosophy and the Mirror of Nature*:

El objetivo de este libro es socavar la confianza del lector en la ‘mente’ como algo sobre lo cual debemos tener una visión ‘filosófica’, en el ‘conocimiento’ como algo sobre el cual debemos tener una ‘teoría’ y que tiene ‘cimientos’, y en la ‘filosofía’ como ha sido concebida desde Kant [Rorty, 1994, p.22; énfasis agregado, traducción nuestra].

Para seguir la crítica del autor, es importante identificar sus objetivos. La primera noción de ‘mente’ como un locus en el cual ciertos procesos ocurren apunta a la obra de Descartes (1596-1650). Para aquellos que no están familiarizados con la filosofía moderna, es suficiente mencionar que en su *Metaphysical Meditations* [1641/1973], Descartes arriba mediante una larga cadena de argumentos a la certeza primordial del sujeto como *res cogitans* (*cogito*), una ‘realidad pensada’ desprovista de cualquier otra caracterización. Esta primera certeza es el *fundamento* de la filosofía, por lo que la filosofía cartesiana (y todo lo que se origina en ella) es fundacional. Un segundo

desafío para Descartes fue demostrar la existencia de cosas exteriores, *res extensa*, un desafío elemental hasta el punto que su metafísica apunta a proveer cimientos para su física, apuntando a la superación de los físicos escolásticos. A partir de esto, una nueva cadena de deducciones, empezando desde el *cogito*, condujo a la existencia de Dios, un ‘Dios’ con ciertas características, quien garantizó la existencia de una realidad externa y la correspondencia entre esta y nuestras representaciones mentales. Aquí, crudamente hablando, yace el origen de la filosofía moderna, y por extensión, el ‘modernismo’ con el cual luchó McCloskey. Varios intérpretes consideraron que los avances subsecuentes en filosofía adhieren hasta cierto punto a la noción de verdad como representación. Rorty es uno de estos intérpretes, como podemos observar en el párrafo citado y en su alusión a la metáfora del ‘espejo’ en el título de su trabajo.

Rorty agrega que el concepto de una ‘teoría del conocimiento’ está inspirado en el trabajo de John Locke (1632-1704), un precursor de la noción del conocimiento basado en el ‘proceso mental’. Conforme a Jolley [1990], Locke consideraba la mente como ‘todo aquello que no es físico’, de acuerdo con la distinción cartesiana entre *res extensa* y *res cogita*. A diferencia de Descartes, Locke ve en los datos sensoriales la materia prima que permite a la mente ejecutar operaciones tales como ‘abstracciones’; las ideas no son, como fueron para Descartes, esencialmente innatas y representaciones garantizadas por acción divina.

Por último, Rorty considera que Kant toma la filosofía como una ‘campo de la razón pura’, lo que significa tomarla como una autoridad que niega o sostiene las aserciones de la cultura, del conocimiento. En esta concepción, la filosofía tiene una función epistemológica *por excelencia*. Una vez más, aflora la idea de fundación y percibimos que las filosofías se refuerzan mutuamente: en última instancia, es la metafísica del fundamento del *cogito* la que legitima el fundamento de la filosofía¹⁴ desde un punto de vista epistemológico. Sin embargo, Rorty continúa, lo que uno observa en la práctica es que con el proceso progresivo de especialización de la cultura, esta función se debilita. La consecuente angustia de la filosofía contemporánea puede ser considerada como la meta del trabajo terapéutico de Rorty, el cual busca asegurar que encuentra su (¿verdadera?) *raison d’être*.

Basándose, según su propio reconocimiento, en la filosofía ‘edificadora’ del segundo Wittgenstein, de Dewey y Heidegger, Rorty intenta mostrar cómo la filosofía analítica del siglo XX puede excederse a sí misma y abandonar de esta manera su vínculo con el marco conceptual trazado por Descartes-Locke-Kant. Mientras él ya había dado los primeros pasos en esta dirección, su énfasis en ‘lenguaje en lugar de la mente’ está aún comprometido con la noción de representación, y ligado a esto, a

la construcción de un “marco permanente y neutral para la investigación, y, por ende, para la cultura en su conjunto” [1994, p.24]. Detrás de este compromiso se halla la preocupación que todas las filosofías comparten por actuar como ‘vanguardias intelectuales’ y por perpetuar cierto conjunto de conceptos a pesar de sus especificaciones históricas. Los tres autores arriba mencionados se distinguen ya que, a pesar de haber iniciado sus investigaciones bajo la directiva de esta preocupación, en el corazón de la filosofía analítica, ellos se desviaron de la senda y se dedicaron a otro conjunto de problemas. Teniendo esto en cuenta, Rorty [*ibid*, p.22] considera que, cuando ellos critican el marco conceptual en cuestión, dejan de lado la epistemología y la metafísica como posibles disciplinas.

En *Consequences of Pragmatism*, Rorty [1982] refuerza esta suposición. Ahora la defensa del pragmatismo está localizada en el medio de la disputa entre los positivistas y los platonistas (el autor denota conceptos y enfoques ideales o metafísicos mediante mayúsculas). Desde el siglo XIX en adelante, el primer grupo pudo identificarse como los defensores de la idea de que el conocimiento máximo posible es el científico, de acuerdo con demandas lógicas y la contrastación empírica: el ‘mundo’ es el mundo dado por la ciencia. Por su parte, los platonistas defienden la existencia de una realidad a ser representada ‘más allá del universo que se nos presenta a nosotros’. Los enfoques realistas están usualmente alineados con los platonistas, dado que los platonistas creen que las construcciones metafísicas tienen su propia *raison d’être* más allá de las limitadas proposiciones de la ciencia.

¿Pero cuál sería el rol de un pragmatista en este escenario? Competiría con los positivistas por el título ‘antiplatónico’. Pero lo haría de una manera más radical, en el sentido de que no propondría ningún tipo de *reconstrucción* en el campo donde la demolición tuvo lugar: para los pragmatistas ‘convencidos’ (aunque esto suene como una contradicción de términos), no existe tal campo. Los positivistas seguirían operando en el campo de la filosofía, considerada como la disciplina ideal a ejercer. El hecho de que se ocupen de la ‘verdad’, la ‘bondad’, etc. como meras propiedades de enunciados, en lugar de objetos ideales (‘Verdad’, ‘Bondad’), forma parte del esfuerzo por diferenciarse de otras áreas de la cultura, y de esta manera se encuentran con la proposición de demarcación. Los pragmáticos, por el contrario, se interesarían más en componer un marco de indiferencia, ahora en un doble sentido: falta de diferenciación entre las áreas del conocimiento; silencio en relación con controversias consideradas agotadas e infructuosas.

Las *similitudes* entre McCloskey y Rorty hasta este punto son extremadamente frecuentes y merecen ser examinadas. Las afinidades comienzan por el uso de mayúsculas para denotar prácticas ideales y conceptos (característico de ‘Metodología’

para McCloskey), continúan en la crítica de proyectos con un supuesto origen en Descartes y termina en una actitud similar hacia determinados temas como verdad, realismo y el rol de la metodología. Es cierto que el ataque lanzado por McCloskey tiene al ‘modernismo’, una fortaleza de prácticas positivistas, como su objetivo, mientras que Rotry apunta su artillería al platonismo. A pesar de esto, dado que ambos cometen el mismo pecado, Rotry consolida al (neo)pragmatismo como un tercer camino. Paralelamente, ya hemos observado las evasivas de McCloskey en el tratamiento de cuestiones relacionadas con el realismo y el tema de la verdad. Hemos visto que incluso luego de responderle a Mäki y acordar ser un realista, nuestro autor no muestra las condiciones de su acuerdo. Esto fortalece nuestra suposición de que la evasividad de McCloskey para explorar este tipo de argumento es consistente con una legítima ‘contrareacción’ neopragmatista, basada en el intento de cambiar la dirección de la discusión, o a un nivel más radical, en el silencio relacionado con asuntos no deseables...

En su artículo pionero, vimos que McCloskey ataca las máximas modernistas al negar supuestos ontológicos y epistemológicos. El primer grupo es básicamente caracterizado por el autor sobre la base de la posibilidad de legitimizar proposiciones teóricas en una base empírica, una creencia que yace detrás de, por ejemplo, el criterio de predicción modernista *à la* Friedman. Esta posibilidad no existe en la práctica o es al menos problemática, dado que el positivismo debe asumir un tipo de representación que garantice la correspondencia entre proposiciones y datos, a la vez que rechaza la metafísica. Esto representa un *impasse* insuperable para la representación de McCloskey [1985, p.16]: “El modernismo es imposible, y no adherible”.

De esta manera, las influencias neopragmáticas se hacen sentir en esta interpretación. En su crítica a la concepción de la mente cartesiana y a la noción de proceso mental de Locke, Rorty [1994] descalifica la concepción de ‘Verdad’ como un reflejo o representación mental. Desde el principio, tal escepticismo corroe el enfoque platónico, y retrospectivamente (ya que comparte el mismo pecado original), el *dilema positivista* *ya emerge sin una respuesta*. Lo que le sigue es que, usando la perspectiva de Rorty, McCloskey efectivamente se enfrenta a un *impasse* que es cuestión de vida o muerte.

Esta descalificación inicial progresa en Rorty hacia el tratamiento de cuestiones relacionadas con la epistemología y los intentos por remplazarla, tanto como la concepción de filosofía como un campo de razón ‘objetiva’, asociado con la obra de Kant. Considerando nuestras proposiciones comparativas, la idea de *progresión* es importante: el escepticismo ontológico (la posibilidad de representar la Verdad) evoluciona en Rorty en escepticismo epistemológico y por último en la demanda por otro rol para la filosofía. Análogamente, en McCloskey, el rechazo de la noción de

‘Verdad’ progresa en el rechazo de la metodología, considerada en su condición de departamento de la epistemología: “Cualquier metodología basada en reglas limitantes es objetable” [1985, p.20].

También en relación con la metodología, McCloskey enriquece su argumento al identificar sus consecuencias fatales, en particular aquellas derivadas de su corolario, el ‘problema de demarcación’, el cual propone la necesidad de separar ciencia de no ciencia. El autor afirma que las reglas estipuladas para la metodología restringen la ‘conversación’ entre los seres humanos: “Restricciones y más restricciones” [1985, p.23]. Evoca al trabajo de Dewey para ayudarse (quizás bajo la perspectiva de Rotry), como también el de Feyerabend [*ídem*] y el de Rorty mismo, subrayando el carácter destructivo del último de sus trabajos. De hecho, un número de consideraciones suplementarias sobre la crítica a la epistemología en Rotry prometen ser fructíferas para nuestro análisis. Podemos percibir que la crítica avanza hacia el reemplazo de la epistemología por la hermenéutica, y en este sentido, el tema de la ‘conversación’ gana preeminencia.

Vale la pena observar la similitud inicial entre el rechazo de Rorty a la noción de ‘teoría del conocimiento’ y el rechazo de McCloskey. De acuerdo con Rorty [1994, p.312], la búsqueda de una teoría del conocimiento lleva un deseo de imponer restricciones o de encontrar ‘fundamentos’, estructuras más allá de las cuales la mente no debería aventurarse. Este deseo de restricción se origina en la premisa de que todas las nuevas contribuciones a un discurso (filosófico o científico) podrían articularse de acuerdo con un conjunto previo de reglas que es capaz de garantizar la posibilidad de acuerdo racional; definiendo aquí ‘racional’ en términos crudos como ‘intersubjetivo’. En otras palabras, Rorty afirma que la epistemología opera bajo el supuesto de *posibilidad de acuerdo racional*, el cual supera desacuerdos verbales o temporales. ‘Epistemología’, ‘racionalidad’, la ‘previa posibilidad de acuerdo’, ‘commensurabilidad’ serían entonces nociones íntimamente conectadas, a ser atacadas *en masse*. Señalamos que, si la noción de verdad como correspondencia o representación es criticada por Rorty desde el comienzo, la concepción alternativa de verdad como consistencia o acuerdo no es inmune a este ataque en el caso de que uno asuma, *a priori*, la real posibilidad de tal acuerdo. En cambio, Rorty declara [1994, p.313] que el neopragmatismo es relativista...

¿Qué rol queda entonces para el filósofo cuya crisis existencial Rorty se compromete a curar? En el medio de los escombros epistemológicos, el filósofo juega el rol de un ‘diletante informado, intermediario polipragmático y socrático entre varios discursos” [Rorty 1994, p.313]. En otras palabras, el filósofo debería servir como facilitador de una conversación fluida. En lugar de la epistemología, los filósofos

deberían dedicarse a la *hermenéutica*, caracterizada como un enfoque que concibe una posible conversación entre varios discursos, aunque sin asumir un campo común para el acuerdo entre las mismas. Esta conversación avanza hasta el punto en que las partes involucradas esperan alcanzar un acuerdo pero esto no es más que una esperanza y *nada garantiza* su consecución. Siguiendo esta perspectiva, McCloskey defiende la retórica en el examen de la noción de ‘conversación’, como ilustró la secuencia de títulos de sus secciones: (1) “Buena ciencia es buena conversación”; (2) “La retórica es una mejor manera de entender la ciencia”. Vale recalcar el hecho de que en ninguno de los trabajos examinados aquí Rorty defiende explícitamente un proyecto ‘retórico’: sus referencias son únicamente al ‘lenguaje’ y a la ‘conversación’. Es entonces McCloskey quien ‘une’ la discusión específica sobre retórica en la economía con la conversación neopragmática.

Lidiando con la idea del lenguaje, Rorty [1994, 1982] nota su carácter ‘ubicuo’, ‘constitutivo’ del comportamiento humano, el cual representa -como ya hemos citado- una fuerte apelación al orden natural. El análisis de una de las tantas definiciones de la retórica con las cuales opera McCloskey, ‘el estudio de cómo las personas persuaden’, muestra que su articulación con el concepto de lenguaje visto arriba no está libre de problemas. Incluso si podemos tomar el acto de persuasión meramente como uno entre otros tantos que apuntan a la simple supervivencia de las especies (desde un punto de vista naturalista), es difícil disociarlo de la idea de *persuasión intencional*, dirigida a valores y objetivos. En otras palabras, desde nuestro punto de vista, la persuasión no es ubicua y si es un elemento ‘instintivo’, no pareciera permanecer en este nivel. Si el lenguaje es meramente un flujo, ¿cómo explicamos por qué algunos discursos son aceptados mientras otros no?

En este mismo sentido, la hermenéutica de Rorty, con su énfasis en la ausencia de un ‘campo común’ de reglas que oriente o sirva como sustrato para tal ‘conversación’ humana, *impide cualquier sistematización* de la retórica como programa de estudios. De acuerdo con Prado [2003, p.113], dudamos de la posibilidad de un amplio consenso respecto de este conjunto de reglas. A pesar de esto, nos sentimos incómodos defendiendo la retórica como un mero mapa intermitente de actos lingüísticos. Los participantes en la conversación deben tener objetivos asociados con su desarrollo, así como un (mínimo) campo común para la estructuración de los argumentos. De la misma forma, la necesidad de coordinar el programa retórico con otras disciplinas requiere la existencia de algún campo común y límites bien establecidos para la conversación entre las partes.

Algunos de los problemas señalados en la concepción de McCloskey podrían irónicamente ser atribuidos a una *extensión indebida del alcance* del proyecto de Rorty,

dado que el último tiende a preservar ciertos límites. Como reacción a estas acusaciones del relativismo dirigidas a la filosofía pragmática, Rorty [1982, p.168] distingue dos niveles de relativismo, uno relacionado con la *elección entre las filosofías*, y la otra con la *elección entre teorías*. Agrega que mientras el pragmatismo es relativista en el primero de esos niveles, no lo es en cuanto a la elección de teorías.

Esta diferenciación entre los niveles metafilosófico y el teórico, la cual no es seguida por McCloskey, nos conduce nuevamente a la controversia sobre el realismo del proyecto retórico. La transposición del relativismo al medio 'hermético' de la economía, para usar la expresión de Rorty, no parece recibir apoyo por parte del neopragmatismo. Una cosa es decir que la elección entre filosofías es arbitraria, o incluso innecesaria, dentro de una perspectiva que concibe la epistemología como una reflexión basada en los resultados adquiridos por profesionales, reservando así para el filósofo el simple rol de promover la comunicación. *Pero es prácticamente otra* decir que dentro del medio de la economía la elección entre diferentes estructuras y la disputa entre escuelas del pensamiento (y sus metodologías) se resumen en las reverberaciones de la gran conversación, y de ahí concluir que el rol del metodólogo es meramente el de armonizar repetidamente estos discursos.

En este sentido, el neopragmatismo laxo de McCloskey, que excede al de Rorty, compromete una evaluación más juiciosa de los beneficios que la retórica puede traer a la economía. Como Prado Jr. y Cass [1996, p.120] correctamente señalan, el programa de McCloskey nos ofrece una definición de epistemología que es muy estrecha y, al mismo tiempo, una definición vaga y excesivamente amplia de la retórica. Esto llevó a Paulani [2005, p.158] a preguntar: “¿Es necesario disolver todo en la retórica para apoyar el *Sprachethik* o para denunciar la intencionada objetividad en los conceptos y proposiciones de la economía?” Asimismo, como se observó arriba, las reglas de la conversación civilizada son insuficientes para describir la retórica de los economistas.

Aunque no es exhaustivo, el análisis de la relación entre los proyectos de McCloskey y Rorty es suficiente para sugerir que el primero involucra la retórica en un imbroglío filosófico. Esto entorpece su operacionalización y articulación con otras disciplinas, sin mencionar el hecho de que los economistas no están fácilmente convencidos de lo mismo. (Es poco probable que vayan a adoptar un enfoque relativista, a pesar de su familiaridad con el libro básico de Friedman). Afortunadamente, la retórica y el (neo)pragmatismo no están inexorablemente vinculados, lo que significa que el reconocimiento de la dimensión retórica de las ciencias humanas no requiere la adopción de una perspectiva pragmática, tal como sugirió Paulani, Prado Jr. y Cass, entre otros.

Por nuestra parte, podríamos suspender el juicio sobre el vínculo entre McCloskey y Rorty. Siempre que esto exista, no compromete las perspectivas de emplear la retórica como un instrumento de análisis del discurso económico, situándolo ahora en tierra más fértil, con el apoyo la ‘nueva retórica’ de Perelman.

4. La ‘nueva retórica’

La edición 127-128 de *Revue Internationale de Philosophie* [1979] incluye varios artículos que rinden tributo a Chaïm Perelman (1912-1984), quien se identifica como uno de los pioneros (sino ‘el pionero’) de la reanudación contemporánea de estudios sobre retórica. Estos artículos ubican en primer plano la extremadamente fuerte conexión entre Perelman y Aristóteles, una *conexión* que se sitúa dentro de un esfuerzo interno de la filosofía del derecho para superar la metodología positivista. Entre los interlocutores estudiados, hay sin embargo un acuerdo unánime de que este esfuerzo derivó en la revitalización del estatus de la retórica en la filosofía, resultado de un deliberado esfuerzo, como veremos pronto. Sea como fuese, la reanudación del pensamiento Aristotélico es llevada a cabo de una manera muy peculiar, no solo en base a interpretaciones específicas, sino también en base al deliberado énfasis y rearticulación de ciertos conceptos; de hecho, la ‘nueva retórica’ de Perelman es en gran parte ‘nueva’. Estas peculiaridades, desde nuestro punto de vista, desembocan en posibles respuestas a las preocupaciones de ciertas críticas al programa de McCloskey, ambos con relación a cuestiones que prácticamente surgieron junto a la retórica griega y con relación a las preocupaciones que surgieron de la conexión entre la retórica y el (neo)pragmatismo.

Permítasenos una vez más empezar por los objetivos atacados. En la introducción a su *Treatise on Argumentation*, Perelman y Olbrechts-Tyteca no dejan lugar a duda:

La publicación de un tratado dedicado a la argumentación y su conexión con la antigua tradición de la retórica y la dialéctica griegas constituye una *ruptura con el concepto de razón y razonamiento* debido a Descartes, quien ha establecido su marca en la filosofía Occidental en los últimos tres siglos [Perelman y Olbrechts-Tyteca, 1969, p.1, traducción propia].

Los autores destacan el aspecto principal de esta concepción, a saber, el método hipotético-deductivo y la noción de evidencia. En otras palabras, considerando lo que ya hemos mencionado respecto de la filosofía cartesiana, la idea en juego es que, procediendo a un enlace deductivo de las proposiciones, se arriba a la *certeza* de la conclusión resultante. Esta noción de certeza vincula instantáneamente los niveles lógicos y psicológicos, como el autor señala [1969, p.4], niveles a los cuales debe

sumarse el nivel ontológico, dado que la existencia de cosas externas está garantizada. Pero incluso “los partidarios de las ciencias experimentales e inductivas” [1969, p.2], quienes no suscriben los cánones hipotético-deductivos, asocian sensibilidad con evidencia, como los autores afirman. Mientras que con Descartes tenemos la evidencia como intuición racional, para los inductivistas es una intuición sensorial. A esto se sigue que el proceso del conocimiento es independiente de las relaciones sociales y es enteramente coercitivo -si la evidencia no se alcanza, es porque no se siguió el método o los agentes no pueden considerarse racionales. No hay nada por discutir.

En un principio, los autores se preocupan por la cuestión que refiere a la aplicación de la ley, al establecimiento de la lógica de juicios de valor, esto es, cómo los valores están jerarquizados, y comenzando por esta jerarquía, cómo la relativa reputación de los hechos se decide estableciendo un límite más allá del cual la ley positivista no avanza.¹⁵ Ellos consideran dos alternativas: dejar la aplicación de la ley para el campo de lo irracional (pasiones, poder) o extenderla hasta el campo de lo racional. Dado que consideran que la primera medida conduciría a un relativismo extremo y permitiría la introducción de la violencia, se decidieron por la segunda. Por esto es que defendieron una concepción más amplia de la ‘razón’, capaz de establecer las directivas para las decisiones, en un contexto donde no hay certeza acerca de las premisas. Ellos identifican tal procedimiento precisamente con la noción de ‘dialéctica’ descrita en los ‘Tópicos’, perteneciente al *Organon* aristotélico. ‘Demostración’ y ‘dialéctica’, como veremos en la quinta sección, son los dos tipos de conocimiento básicos, de acuerdo con Aristóteles; el primero operando sobre premisas que son conocidas como verdades, el segundo sobre opiniones. Se sigue que la demostración es capaz de alcanzar conclusiones verdaderas, mientras la dialéctica logra simplemente conclusiones plausibles.

No obstante, la defensa de una ‘nueva dialéctica’ no deriva de esto. Perelman y Olbrechts-Tyteca prefirieron la retórica, en primer lugar porque el término ‘dialéctica’ es utilizado actualmente de forma tal que adquirió nuevos contornos y nuevos significados empezando con Hegel. Además, ellos desean enfatizar la idea de ‘adhesión’, pertinente a las concepciones de Aristóteles en su *Retórica*. La retórica es de esta manera definida como la defensa o exposición de una tesis ante el público, con el propósito de conquistar su adhesión. La dialéctica aristotélica considera el diálogo como estructura básica, tejido por el mecanismo de preguntas y respuestas, el cual usualmente tiene lugar entre dos individuos comprometidos desde el inicio en la búsqueda sincera de una conclusión plausible. En el caso de la dialéctica, el mecanismo mismo es de alguna forma responsable de la adhesión de mentes a las tesis (y el término mismo ‘adhesión’ pierde sentido). En el caso de la retórica, por el

contrario, la ‘idea de contacto entre mentes’, o comunidad de mentes, para utilizar los términos de Perelman [1969, p.14], es crucial. Además, podemos observar un renovado interés en la *praxis* judicial, el cual denota un componente pragmático sin implicar una afiliación al (neo)pragmatismo.

La relación entre retórica y dialéctica es todavía discutida hasta estos días por los profesores de filosofía antigua, como podremos observar en la sección siguiente. En cuanto a la noción de demostración, no hay consenso completo, como señala Smith [1995]. Por ahora, debemos indicar que Perelman y Olbrechts-Tyteca asumen posiciones respecto de estos términos, y adicionalmente proponen la inclusión del formato clásico de la dialéctica dentro de un contexto general de la argumentación. Incluso la íntima deliberación normalmente asociada con los cánones cartesianos es incluida por los autores dentro de la ‘nueva retórica’. Ligada a la idea de adhesión, la noción de ‘audiencia’, ya utilizada hasta algún punto por los antiguos, recobra toda su fuerza. La división entre ‘audiencia privada’ y ‘audiencia universal’ se convierte en una de las características de la propuesta de Perelman. Debe ser igualmente importante para nuestros propósitos, dado que ambas nociones conducen a consideraciones sociológicas, y la segunda de estas nociones, en particular, provee insumos interesantes para las cuestiones filosóficas.

Perelman [1979] sitúa su proyecto retórico, asociado con su interés por los juicios de valor, dentro de un campo de intereses más amplio. Su punto de partida es la identificación de clases de ‘monismo’ filosófico. Primero, considera el ‘monismo ontológico’, el cual asegura la existencia de un único Dios Creador, un modelo de razón y garantía de la verdad: como hemos visto, el Dios que emerge de las *Meditaciones* de Descartes es de esta naturaleza. Segundo, asociado con lo anterior, emerge el ‘monismo axiológico’, que concibe todos los valores y principios morales bajo protección divina, con la única fuente de error en estas cuestiones debido a un desvío de la pura razón divina, cuando los hombres se permiten ser influenciados por las pasiones y la imaginación. Podemos asociar con estos monismos un tercer monismo, el ‘metodológico’; afirma que todos estos dominios del conocimiento deberían ser sometidos al modelo matemático de escrutinio, para que pueda alcanzarse el mismo nivel de certeza. Por último, el autor menciona el ‘monismo sociológico’, que junto con otros concibe la relación entre el individuo y la sociedad de manera semejante a la relación entre el individuo y Dios. El autor asocia todas estas perspectivas monistas con la propuesta de examinar rápidamente, en todos los dominios, una verdadera y única solución que resuelve todos los conflictos.

Perelman también afirma que estos monismos son responsables de la intolerancia de pensamiento en los campos religioso y político. Cuando se lo asoció con el uso de

la fuerza, resultaron los estados totalitarios de izquierda y derecha. Como observamos dos secciones atrás, McCloskey [1988c] también establece los propósitos democráticos de la retórica dentro de una perspectiva pragmática. (Curiosamente, la democracia es un valor que aparenta unir a todos, incluso a aquellos que no parecen exactamente estar interesados en los valores...). Aquí también es uno de los maestros de la historia, pero, desde el comienzo, su defensa se dibuja con diferentes colores. Perelman sitúa la ‘nueva retórica’ dentro de una perspectiva ‘pluralista’ acorde con el trabajo de su maestro, Dupréel, y más precisamente, con su trabajo *Le pluralisme sociologique* [1945]. De esta manera, desde el principio, el proyecto del autor presenta su interfaz con la sociología.

No entramos en los detalles del trabajo de Dupréel, basta mencionar los puntos que el mismo Perelman destaca. Observa que Dupréel, a diferencia de otros sociólogos, discute la influencia de la sociedad sobre el individuo, quien a su vez influencia a la sociedad. Esta acción recíproca ocurre verdaderamente o virtualmente sin una única dirección de causalidad de tres formas: mediante la coerción, mediante la persuasión, mediante el intercambio de ventajas. Mientras más medios haya disponibles para los agentes, mayor será su ‘fuerza social’. Además, las acciones están intervinculadas, como en el caso de un juez que influencia un oficial de justicia y este último al acusado. Comenzando por esta complementareidad, Dupréel define la noción de ‘grupo social’ como un encuentro de individuos unidos entre ellos y se distinguen de otros por su certera interacción (la cual refuerzan). A la vez, los variados grupos (familiar, religioso, deportivo, etc.) también comienzan a interactuar, resultando en el pluralismo sociológico definido por Perelman [1979, p.8]: “(…) *des individus font simultanément partie de plusieurs groupes qui tantôt collaborent et tantôt s’opposent, dont chacun cherche à marquer son existence et, dans la mesure du possible, son autonomie*”.

Nociones de responsabilidad y libertad individual son definidas dentro de este pluralismo sociológico: un individuo que pertenece a, o simplemente interactúa con diferentes grupos tiende a enfrentarse con situaciones de incompatibilidad. Para escapar, él/ella se ve obligado/a a la vez a liberarse a sí mismo/a “*en se plaçant au point de vue d’une valeur qui transcende les convenances de tel ou tel groupe*” [1979, p.9]. Los valores citados son entonces definidos en base a una trascendencia situada.

Podemos notar inmediatamente la presencia de estos elementos en la primera parte del *Treatise*, la cual prepara el escenario para la argumentación. El elemento básico que asegura que esto ocurra es evidentemente la presencia de un lenguaje común. Pero muchos otros son necesarios, varios de los cuales están vinculados con consideraciones de orden sociológico: “adquiriendo la adhesión de su interlocutor, (...) asegurando su asentimiento, su cooperación mental” [Perelman y Olbrechts-Tyteca

1969, p.16]. Además de su dimensión psicológica, este elemento exige la delimitación de las condiciones que garantizan este reconocimiento. Como los autores destacan, dentro del medio científico el vínculo básico entre el orador y la audiencia está garantizado por instituciones, como la comunidad científica y revistas especializadas, pero estos oradores deben tener el cuidado de mantenerlo. En circunstancias con menos garantías institucionales, ciertos tipos de funciones o atributos (ser un adulto, por ejemplo) son los que autorizan al orador a adoptar un registro formal. En cualquier caso, la comunicación tiene lugar con una *audiencia*, la que constituye “el conjunto de aquellos que el orador desea influenciar mediante su argumentación” [*ibid.*, p.19]. Los contornos de esta audiencia deben ser lo más explícitos posible.

Perelman y Olbrechts-Tyteca argumentan que la caracterización de la audiencia debe prestar atención a los elementos concretos que la constituyen. La heterogeneidad de una audiencia formada por individuos con distintos vínculos, carácter y funciones es uno de los ítems principales a ser evaluados. Una misma persona puede suscribir distintos puntos de vista, justificados por su inclusión en varios grupos. Las influencias de los conceptos de Dupréel son claramente visibles: “Un orador (...) puede preguntarse a sí mismo si todos los miembros pertenecen a un único grupo social, o si debe separar sus oyentes en grupos diferentes, y quizá incluso opuestos” [*ibid.*, p.25]. El orador debe considerar luego la posibilidad de localizar subgrupos de individuos que han trascendido sus grupos y se han reunido alrededor de ciertos valores.

La persuasión de audiencias depende, de esta manera, de la adaptación del orador a la misma. Esta ‘adaptación’, no obstante, no debería conducirnos a la pasividad, dado que en ningún punto los autores reconocen el carácter *intencional* de la retórica: “Está el condicionamiento por el discurso mismo, que resulta que la audiencia no sea la misma al final que al principio del discurso. Esta forma de condicionamiento puede lograrse solamente si hay una adaptación continua del orador a su audiencia” [*ibid.*, p.23]. En otras palabras, la relación es de retroalimentación. En cualquier caso, podemos afirmar a aquellos que se preguntan por los calificadores de ‘buena persuasión’ que la calidad de argumentación (y el comportamiento de los oradores) depende en gran parte de la ‘calidad’ de las audiencias. Perelman se opone a ciertas interpretaciones viejas que restringen la retórica a un discurso ‘apresurado’ dirigido a una audiencia de ignorantes, mientras la argumentación excelente es responsabilidad de la dialéctica.¹⁶ Combinando ambos en el concepto de ‘nueva retórica’, los autores sugieren como contrapartida que las audiencias sean estudiadas. Evidentemente hay una dimensión pragmática y relativista de su trabajo, que se traduce en la idea de pluralismo a la cual suscriben. Por el otro lado, esto no implica *strictu sensu* una caída hacia el relativismo y el pragmatismo. Continuamente se intenta delinear los matices de las relaciones y los elementos que la componen.

Hasta aquí, la preocupación predominante en el texto ha sido el estatus de las ‘*audiencias privadas*’. La adaptación de los retóricos a tales audiencias define la fertilidad de su texto y lo conduce, en nombre de su fertilidad, al contacto con disciplinas adyacentes, tales como psicología y sociología. Siguiendo lo anterior, los autores centran su atención en la audiencia universal, la que es introducida en el texto mediante la referencia a “los varios aspectos distintivos de ciertas audiencias seleccionadas por su importancia incuestionable respecto de la argumentación, y particularmente con los filósofos” [*ibid*, p.26]. Resuenan aquí los ecos del antiguo debate entre *filósofos*, quienes son ‘partidarios de la verdad’, de lo absoluto, y los *retóricos*, quienes son ‘partidarios de la opinión’, de la acción.

Este pasaje nos dirige a la distinción que Mäki establece entre las teorías de la verdad por ‘correspondencia’ y ‘coherencia’, las cuales defienden la búsqueda de la verdad a nivel semántico y a nivel sintáctico-pragmático, respectivamente. Observamos que Mäki separa la tarea de ‘búsqueda’ de la tarea de justificar la verdad, la cual, de acuerdo con el autor realista, se relaciona con el nivel sintáctico-pragmático: las oraciones se justifican a sí mismas por sus relaciones sintácticas entre ellas, calificadas en términos de consistencia ante una audiencia (pragmática), la cual atribuye plausibilidad a cada uno de los supuestos de acuerdo con sus creencias (a ser examinados según el costo de la búsqueda). También vimos que Mäki admite que McCloskey adoptó una teoría de la verdad por coherencia que a menudo confunde la justificación y la búsqueda de la verdad.

De esta forma, dirigiéndonos hacia una discusión más filosófica Perelman y Olbrechts-Tyteca ofrecen elementos importantes para la combinación entre realismo y el proyecto retórico. De acuerdo con los autores, el clásico interés en la distinción entre ‘persuadir’ y ‘convencer’ traduce la mayor parte del conflicto entre partidarios de la verdad y partidarios de la opinión. La primera noción se preocupa más por los resultados de la argumentación, esto es, por las acciones que la audiencia lleva a cabo en base a lo que se les propone. Podríamos asociar con esta concepción, en concordancia con Mäki, un máximo grado de pragmatismo con la contrapartida de un ‘mínimo’ interés por la veracidad de los argumentos. Estaríamos entonces en el nivel justificatorio del lenguaje.

La segunda noción, convencer, cuestiona el carácter ‘racional’ de la adhesión, y aquí podríamos quizá situar el esfuerzo de Mäki por distinguir las teorías de la verdad por correspondencia y por coherencia. Esto nos conduce al contexto ontológico y prospectivo del lenguaje. Perelman y Olbrechts-Tyteca observan: “Incluso, este carácter racional de convicción depende a veces de los medios usados y a veces de las facultades a las que uno se refiere” [*ibid*, p.27, traducción propia]. En el citado pasaje, la

referencia a ‘convicción’ sugiere que interesa un nivel más allá de aquel de simple justificación. Es posible asociar ‘medios’ con una perspectiva sintáctico-pragmática y ‘facultades’ con una perspectiva por correspondencia, de manera que la nueva retórica abre espacio para una combinación entre una teoría de la verdad por coherencia y por correspondencia. Sin embargo, a continuación los autores [*ibid*, p.28] enuncian que hay una diferencia pequeña pero perceptible entre las nociones de convencer y persuadir, no importa que tan difícil sea distinguirlas “en el pensamiento actual”.

Con esto, a pesar del carácter peculiar de nuestra aproximación entre la nueva retórica y Mäki, observamos que los autores proceden a considerar los elementos concernientes al *carácter cognitivo* de la argumentación. Podemos insinuar que ellos no separan de antemano la conexión entre realismo y retórica, aunque evitan especificarlo explícitamente. Aquí emerge la noción de una *audiencia universal*. Más específicamente, podemos observar que mientras la noción de una audiencia privada parece responder a las demandas sociológicas de los críticos de la retórica, la noción de una audiencia universal es prometedora desde el punto de vista de la problemática relación entre retórica y verdad. Los autores consideran que la concepción de cualquier discurso ocurre a través de un conjunto de creencias que el orador, *a priori*, sostiene acerca de lo que serían los interlocutores racionales. Es decir, cualquier argumentación se elabora en base a la concepción previa por el orador de los elementos constituyentes de una ‘audiencia universal’, que funciona “mediante la provisión de una norma para la argumentación objetiva” [*ibid*, p.31].

La trascendencia realizada por el orador, por el otro lado, está ampliamente basada en la percepción que él tiene sobre audiencias privadas. Es imposible no recordar aquí la idea de trascendencia situada (como lo denominamos) en el trabajo de Dupréel, el cual sugiere fuerte coordinación entre los niveles sociológicos y filosóficos. Perelman y Olbrechts-Tyteca [1969, p.31] legitiman el recurso a la audiencia universal precisamente en el inconveniente ofrecido por la heterogeneidad entre individuos y grupos de la misma audiencia privada, habiendo considerado los propósitos del orador. Si este grupo no tiene intenciones perjudiciales, él/ella debe elaborar el discurso que él/ella considere es el más racional y con mayor consenso posible. Como regla, el orador debe razonar tomando en cuenta el límite definido por la adhesión de la audiencia universal. Finalmente, los autores concluyen lapidariamente que:

Creemos, entonces, que las audiencias no son independientes unas de otras, que las audiencias concretas particulares son capaces de validar un concepto de audiencia universal que las caracteriza. Por otro lado, es la audiencia universal indefinida que se invoca para dictaminar cuál es el concepto de audiencia universal apropiada

para esa audiencia concreta, para examinar, simultáneamente, la manera en la cual se compuso, cuáles son los individuos que la constituyen, de acuerdo con el criterio adoptado, y si este criterio es legítimo. Puede decirse que las audiencias *dictaminan entre sí* [*ibid*, p.35, énfasis incluido].

Podemos en cierta forma afirmar, usando la terminología de Mäki, que la ‘audiencia universal’ repetidamente construida en la mente del orador garantiza la dimensión semántica de la nueva retórica, mientras su dimensión sintáctico-pragmática es capturada por la audiencia privada, a pesar del hecho de que en el ‘pensamiento actual’, para usar las palabras de Perelman, las dos dimensiones son convergentes.

Perelman [1979] es explícito en relación con sus concepciones pluralistas de verdad y razón. La primera es aceptada como norma para opiniones, para ser usada de forma sensata: es fundamental para evitar caer en relativismo completo. Al mismo tiempo, uno debe ser consciente todo el tiempo del riesgo totalitario de tratar de imponer ‘una’ concepción de verdad: no podemos olvidar que relativismo y totalitarismo ambos conducen, de acuerdo con Perelman, a la violencia. La noción de razón debería ser considerada en su carácter normativo y universal: “*L’appel à la raison (...) devrait être conçu comme un appel à l’adhésion de tous les hommes*” [1979, p.16], incluso si su contenido varía de filosofía en filosofía, sin restringirla al modelo inherente al método hipotético-deductivo: “*Mais (...) chaque philosophie élabore cet idéal de rationalité à sa façon, conformément à l’idée qu’il se forme de ce qui est acceptable par l’auditoire universel*” [*ibid*].

Lo que hemos visto hasta aquí es suficiente para denotar la diferencia entre la nueva retórica y la propuesta de McCloskey a la Rorty. Debemos, entonces, resaltar solo algunos de los puntos que consideramos más relevantes. Además de interesarnos por proponer respuestas a muchas de las preguntas acerca de la retórica misma (su relación con la verdad, la evaluación de lo que es ‘buena persuasión’, etc.), Perelman y Olbrechts-Tyteca enfatizan mayormente *las diferencias* entre el dominio de matemática y el, permítasenos decir, dominio ‘social’, quizá porque empezaron de cuestiones internas a la práctica legal. Mientras el primer dominio se basa en el campo de las relaciones necesarias, el segundo se basa en el campo de las contingencias, donde verdad es siempre un ideal, pero nunca una certeza. Aunque ellos últimamente conciben el primer campo como un caso particular del segundo y, por ende, propongan la teoría de argumentación como un complemento necesario de la lógica formal hay, como mínimo, una diferencia de grado entre su enfoque y la propuesta (neo)pragmática de borrar todos los límites entre las áreas del conocimiento. También es notable el hecho de que, mientras toman como objetivo -igual que Rorty- ‘concepciones extraídas en base a filosofía cartesiana’ y no están de acuerdo

con ciertos aspectos de la filosofía kantiana, no favorecen la exterminación de la epistemología. Por el contrario, se ocupan de estructurar una nueva metodología de carácter pluralista.

En relación con el lenguaje, podemos observar que, a pesar del hecho de que la referencia a audiencias revela un componente pragmático extremadamente fuerte, el lenguaje en Perelman ya no recuerda más un 'fluido' o 'mecanismo adaptativo', como se hizo en Rorty y McCloskey. La preocupación tanto por examinar los aspectos sociológicos y delimitar normas operativas (de razón y verdad) en un escenario argumentativo dado nos permite afirmar que la concepción del lenguaje en la base de la nueva retórica incluye algún grado de 'referenciabilidad' a un mundo (discernible de las palabras), sin importar cuánto desacredite la posibilidad de certeza. La mención de 'normas' recuerda el *Sprachethik* que vimos permeando la retórica de McCloskey de forma no clara. Aquí, no obstante, su variación depende tanto de creencias específicas en relación con el contenido de estas normas, como de la situación argumentativa que el orador efectivamente enfrenta. Además, observamos que la idea de 'conversación', acorde con el neopragmatismo y con McCloskey, tiene cierto contenido de serenidad, o al menos de mecanicidad, el cual en la nueva retórica tiende a ser visto solo como un caso especial, menos tenso de '*appel à l'adhésion*' (compárese con el pasaje de arriba).

Debemos enfatizar el punto de que la idea de 'acción', presente en el núcleo de la filosofía (neo)pragmática, es elegida por Perelman y Olbrechts-Tyteca [*ibid*, p.47] como la virtud esencial de una 'buena' argumentación, la cual debe crear en sus oyentes una disposición hacia la acción "a llevarse a cabo en el momento oportuno".

Al mismo tiempo, esta acción tiene lugar dentro de una matriz social definida, la cual verifica las premisas compartidas por la audiencia y provee una base para la persuasión, en tanto esté orientada por valores normativos que trascienden esa matriz ('empezando por ellos mismos', de acuerdo con Dupréel), dando lugar al cambio. Debemos también observar que en la elaboración de su discurso, el orador tiene como parámetro la 'audiencia universal': mientras más falte de esto en la audiencia concreta, peor será la calidad del argumento. *Hay factores condicionantes* en todos lados.¹⁷

Deberíamos subrayar el hecho de que las distinciones entre la nueva retórica y aquel McCloskey parecen recaer fundamentalmente en el concepto de que Perelman toma el pensamiento aristotélico como un sustrato alternativo. Zyskind [1979], en particular, observa que el énfasis de Perelman sobre el aspecto de acción y la idea de plausibilidad está alineado con la noción de 'razón práctica', la cual pertenece al legado aristotélico y no tiene contrapartida (a pesar del término 'práctica') en la filosofía pragmática. Aproximadamente, el énfasis sobre la acción se define a sí mismo en oposición

a la idea de ‘razón contemplativa’, a la cual Aristóteles atribuyó el conocimiento de relaciones necesarias, en contraste con ‘razón práctica’, a cargo de la investigación de relaciones de carácter contingente.

Para el propósito de este trabajo, no es necesario entrar en detalles con relación a estos dos tipos de razón. Al mismo tiempo, la idea misma de que el contingente (tanto con referencia a relaciones como con referencia a el contenido de las premisas) puede ser sometido al escrutinio de la razón parece ser la motivación básica para el esfuerzo de Perelman por estudiar juicios de valor y, consecuentemente, para estructurar la nueva retórica. Siguiendo esto, debemos examinar la más saliente de las nociones clásicas de la retórica y la dialéctica, como oposición a razonamiento demostrativo. Nuestro objetivo es primeramente iluminar cuántas de las cuestiones relacionadas con estos conceptos aparece ya desde su origen; en segundo lugar, cuán importante fue la sistematización promovida por Aristóteles; y en tercer lugar, cómo el trabajo de Perelman y Olbrechts-Tyteca, además de constituir como ya se sugirió ‘una’ línea de interpretación del legado aristotélico, parece imitar el enfoque aristotélico al constituir un cierto compromiso entre positivismo y pragmatismo *avant la lettre*.

5. La concepción aristotélica

La mayoría de los estudiosos considera a Aristóteles (384-322 a.C.) como el ‘padre’ de la lógica, la cual -como Smith afirma [1993, p.27]- no sufrió alteraciones sustanciales hasta los siglos XIX y XX, cuando adquirió mayor formalismo matemático. Comenzamos entonces con un argumento de autoridad. El elemento más conocido del legado aristotélico es el razonamiento silogístico, compuesto por un conjunto de premisas, cuya vinculación conduce a una conclusión. Como regla, esta estructura caracteriza el método hipotético-deductivo, más tarde sistematizado por Descartes. Al mismo tiempo, la lógica desarrollada por Aristóteles va más allá del silogismo, y no es sorprendente que Perelman y Olbrechts-Tyteca hayan recurrido a su legado para extender el campo de lo racional más allá de preceptos positivistas.

Como Smith muestra, la lógica aristotélica se compone de dos formas básicas de razonamiento, ‘deducción’ e ‘inducción’. La última se traduce aproximadamente en la generalización de ejemplos particulares; los límites y la forma correcta de hacer tales generalizaciones es un punto aún discutido por los estudiosos, y se esperan futuras consideraciones [Smith 1993, p.33]. A su vez, la deducción es una relación de implicación o consecuencia necesaria partiendo de ciertas premisas. A modo de curiosidad, vale notar que los griegos se referían al término *sullogismos* como *uno* de los formatos de deducción; esta pluralidad fue perdida finalmente en el sentido moderno de silogismo como ‘idéntico’ a deducción.

Dados estos formatos básicos, el ‘conocimiento’ es dividido en dos tipos, demostrativo y dialéctico, estudiados respectivamente en los Analíticos Posteriores y en los Tópicos. El primero es el conocimiento que refiere a la noción de *epistêmê*,¹⁸ la cual explora el campo de relaciones necesarias y, mediante pruebas y *demonstraciones*, intenta revelar la causa o razón por la cual algo “debería ser como es y no de otra manera” [*Analíticos Posteriores* I.2]. El propósito de explicación causal es la esencia del razonamiento demostrativo. Esto es una forma de deducción partiendo de premisas verdaderas, como se enfatiza en Perelman y Olbrechts-Tyteca. Podemos sin embargo preguntar: ¿cómo sabemos a priori si el campo es de relaciones necesarias, o si las premisas son o no verdaderas? Sobre esta controversia, Smith [1995, p.48] enuncia que algunos autores interpretan que las premisas son para Aristóteles ‘cualidades sensoriales innatas’ estimuladas por la experiencia; otros las ven como comprensibles por algún tipo de dialéctica entre interlocutores ilustrados.¹⁹ Para nuestros propósitos, es suficiente observar que al concebir el contexto de relaciones necesarias como un caso ‘limitante’ del escenario argumentativo, Perelman y Olbrechts-Tyteca parecen estar haciendo referencia a esta discusión.

El segundo tipo de conocimiento es el razonamiento *dialéctico*, el cual opera por excelencia en el campo de relaciones contingentes. Smith [1995, p.29] sitúa este segundo tipo en los debates e intercambios que tienen lugar entre los individuos, los cuales pueden referirse a la noción de ‘contacto’ o ‘comunidad’ de mentes construida por Perelman y Olbrechts-Tyteca. Contingencia se traduce, como algunos grupos notan, en el hecho que las premisas usadas se toman como opiniones y no como verdades.

La concepción de dialéctica expuesta en los *Tópicos* simplemente intenta revelar una práctica y una noción que había estado presente mucho antes en el mundo griego. Además, es fundamental observar que la historia de la dialéctica se mezcla con la historia de la retórica; de esto sigue que el trabajo de Aristóteles, *Retórica*, está íntimamente relacionado con el razonamiento dialéctico. Ya en el origen los dos conceptos se superponen: Reboul [2000, p.27] apunta hacia la dialéctica sofista como la primera dialéctica en la historia, consistiendo básicamente en un tipo de disputa verbal entre dos personas con el objetivo de ‘silenciar’ al adversario; pero también identifica *retórica sofista*, cuyo sello es la asociación entre la verdad y lo bueno (discurso). Kennedy [1987, p.25] a la vez asocia la retórica sofista con la necesidad de confrontar las disputas de carácter judicial que abundaban en la democracia griega. Como regla, es posible pensar la dialéctica como un entrenamiento para la retórica, como es avalado por la existencia de ‘escuelas’ sofistas.

Sea como fuese, es importante acentuar la idea de que incluso hoy mucha de la disconformidad involucrada en el término ‘retórica’, al cual se le atribuyó un carácter

de demagogo o tentador, tiene que ver con el hecho de que los sofistas no mostraron mayor preocupación por las consideraciones morales (mentir, por ejemplo, era simplemente uno de varios artificios) o incluso con la integridad lógica de sus razonamientos (falacia), dado que la incompatibilidad pasó desapercibida.²⁰

Sócrates (469-399 a.C.) y Platón (c. 429-347 a.C.) se opusieron a esta práctica sofista y propusieron en su lugar la dialéctica como método por excelencia. Los diálogos de Platón son un modelo de esta forma de razonamiento: un interrogador, en principio sin una opinión definida, lleva un diálogo con un oyente y construye su entera argumentación en base a las respuestas del mismo: de hecho, una predisposición a reconocer la verdad que ‘emerge’ de la conversación es demandada a los interlocutores. Podemos notar que para estos filósofos “*la dialéctica provee un conocimiento ético y político que es seguro como el de las ciencias naturales, e incluso más seguro*” [Reboul, 2000, p.18], pareciendo de esta manera subsumir incluso el rol que Aristóteles le asigna a la demostración. En *Phedra*, debido a la dialéctica, Platón concibe lo que para él sería una retórica genuina, promovido por un orador capaz de examinar las almas de todos los interlocutores presentes, una retórica capaz de convencer incluso a los dioses, como Reboul [2000, p.19] dice. Difícil de implementar, esta propuesta fue un primer paso hacia el quiebre con los sofistas y la rehabilitación de la retórica como algo útil, como Aristóteles lo haría en su *Retórica*.

Volviendo a Aristóteles, podemos notar que su sistema es principalmente configurado por medio de delimitar el alcance de las nociones ya corrientes, y por consideración de elementos pertenecientes al sentido común. Al igual que Platón, él sostiene que la dialéctica debería ser desarrollada en la forma de un diálogo disparado por preguntas. Al mismo tiempo, a diferencia del último, no apunta al conocimiento de lo ‘verdadero’, sino de lo probable, precisamente porque se basa en premisas que solamente son plausibles. Desde los sofistas, la dialéctica retendría su componente controversial: “La dialéctica es una actividad competitiva, y Aristóteles da el énfasis adecuado a la importancia de la estrategia”, como Smith [1995, p.62] observa. Al mismo tiempo, no cae en falacias hasta el punto que la vinculación de proposiciones debe obedecer un formato deductivo.

De la misma manera, Aristóteles delimita el alcance de la retórica. Como en sus predecesores, el elemento básico que lo diferencia de la dialéctica es el hecho de que configura un *discurso* dirigido hacia un *público*, no un diálogo o discusión entre pocos interlocutores. En la concepción aristotélica, la retórica es un instrumento ‘benéfico’, como Reboul [2000, p.27] destaca, aunque podría desnaturalizarse por objetivos oscuros. Es precisamente la razón por la que los defensores de una causa justa deberían saber cómo manejar la retórica, bajo penalidad de perder el mismo caso

contra un habilidoso y deshonesto contrincante. Otro rol de la retórica es la transmisión de conocimiento demostrativo al público. Las dos funciones señaladas le confieren a la retórica el carácter de conocimiento 'útil'. Al mismo tiempo, como Smith [1995, p.63] hace hincapié, la retórica de Aristóteles combina los procedimientos argumentativos de la dialéctica con el estudio de tipos de audiencia que pueden encontrarse y las premisas que parecerán persuasivas para cada uno de ellos. A diferencia de la dialéctica, el orador no puede depender de las respuestas de los oyentes para construir sus argumentos; por esta razón; debe *previamente afirmar* lo que cada caso 'contiene' en términos persuasivos, y cuáles son los '*loci*' compartidos por las audiencias. En términos estructurales, además de la parte argumentativa, la retórica se interesa por el estudio de elementos afectivos que están relacionados más cercanamente con su parte oratoria: el *ethos* en referencia a los sentimientos despertados por la figura del orador y el *pathos* asociado con la manipulación de los sentimientos de la audiencia.

Así, la retórica parece encontrar su lugar entre la exageración platónica y la sofista. Varios críticos, no obstante, han observado que la presencia de un público ignorante tendería a reducir la calidad del discurso, con el riesgo de volverlo completamente falso. Sin duda una posibilidad, pero debemos recordar que los trabajos de Aristóteles también contienen varios estudios sobre ética y moral. Como Reboul expone, el carácter público de la retórica, el cual está íntimamente vinculado con las decisiones de la *polis*, debería conducir al usuario del mismo a prestar atención a las consideraciones surgidas de estos estudios.

Finalmente, vale recalcar que muchos estudiosos se han preguntado acerca de la exacta naturaleza de la conexión entre retórica y dialéctica. Como Reboul observa [2000, p.34], Aristóteles ve la retórica como un 'hijo' de la dialéctica o como una aplicación, mantienen entre ambas una relación similar a la de la medicina con la biología. Pero como Reboul señala, Aristóteles luego califica la retórica como parte de la dialéctica; además dice que la relación entre las dos sería de analogía.

Por nuestra parte, observamos que al limitar la nueva retórica al campo de la argumentación *strictu sensu*, y relacionándolas menos con el elemento 'afectivo' de la oratoria, Perelman y Olbrechts-Tyteca tienden a identificar retórica y dialéctica. La idea de 'adhesión' de audiencias le atribuye a la retórica un rol tan activo como aquel de un único interlocutor en un esquema dialéctico. Como en Aristóteles, es necesario delinear las premisas compartidas por 'sentido común' y el '*loci*' que puede ser usado en la argumentación. En nuestros autores, sin embargo, el estudio de las audiencias reconoce igualmente su potencial para alterar ciertos sistemas de argumentación. En particular, la interacción entre elementos concretos asociados con audiencias particulares, y normas abstraídas sobre la base de esta concretitud, las cuales son expresadas en la

audiencia universal, constituye una genuina dinámica argumentativa. Para que esta *dinámica* sea contemplada adecuadamente, la combinación de retórica con elementos de filosofía, sociología y áreas relacionadas se vuelve apremiante.

A modo de conclusión, debemos registrar la diferencia en relación con el enfoque neopragmático, el cual -en palabras de su formulador- apunta a manifestarse antes de la invención del pensamiento filosófico:

De esta forma, no debemos ver una diferencia de clase entre la verdad ‘necesaria’ y ‘contingente’ (...) Para resumir, debemos estar donde los sofistas estuvieron *antes* que Platón reforzara su principio e inventara el ‘pensamiento filosófico’ [Rorty, 1994, p.163; énfasis agregado].

Con relación a Perelman y Olbrechts-Tyteca, al igual que Aristóteles, lo que hemos discutido aquí nos permite afirmar que ellos prefieren situarse un poco después...

Traducción: Carolina Rosenszain

Notas

¹ Debemos también mencionar el nombre de Arjo Klamer [1983, 1988], otro fundador de la retórica del programa de investigación económica. Coats [1988, p.64] se refiere a la “Campana Klamer/McCloskey”. Debido a las intenciones y limitaciones de este artículo, limitamos nuestras referencias a McCloskey.

² ‘Neopragmatismo’ aquí se refiere *exclusivamente* a la corriente filosófica propuesta por Richard Rorty, quien reinterpretó el pragmatismo, alejándose de John Dewey y William James. En algunos pasajes utilizamos el término (neo)pragmatismo para sugerir la yuxtaposición de ambas concepciones, pragmatismo y neopragmatismo. Debería observarse que trabajos recientes han examinado las vinculaciones de la economía con el pragmatismo en general, el cual en adición a los nombres citados abarca autores como Charles S. Peirce, John Dewey y Ferdinand Schiller. Ver Gala & Rego [2003] y Fernandes, Gala & Rego [2004].

³ En McCloskey [1985], un libro del mismo nombre el cual extiende el artículo de 1983 e incluye algunas aplicaciones prácticas de la retórica, el autor agradece a Rorty por su colaboración y reconoce el impacto de haber leído *Philosophy and the Mirror of Nature* sobre sus ideas. Rorty es presentado como el verdadero representante del pragmatismo: “Me condujo a mí, como condujo a muchos, hacia el pragmatismo: esto también encaja con mis inclinaciones” [McCloskey 1985, p.xii].

⁴ Mientras que la evaluación de Fernández y Pessali [2003] del programa de investigación retórica difiere de la nuestra, su estudio del trabajo de Williamson se concentra en identificar la audiencia a la cual está dirigido el discurso institucionalista, una preocupación compartida por Annati Neto [1994 y 2003] y Dib [2003].

⁵ Por otro lado, McCloskey percibe tendencias antimodernistas en Popper y Friedman; el último, en particular, es frecuentemente asociado con el trabajo del filósofo pragmatista John Dewey. Una discusión acerca de esto extendería el alcance de nuestro estudio. Deberíamos, entonces, limitarnos a observar que, de acuerdo con McCloskey, la interpretación ‘oficial’ del texto de Friedman por parte de economistas se realiza a través de lentes modernistas.

⁶ Podemos notar que McCloskey se refiere a Quine. Rorty [1979 especialmente pp.178-214] también se refiere a este filósofo que, junto a Sellars, criticó la noción de ‘representación privilegiada’ en el sentido de una representación evidente, objetiva.

⁷ Citado en McCloskey [1985, p.24]: “No mientas; presta atención; no te burles; coopera; no grites; deja que otras personas hablen; no tengas prejuicios; explícate cuando te preguntan; no recurras a la violencia o conspiración en ayuda de tus ideas”.

⁸ Vale notar que el enfoque realista de Mäki es meramente una de las posibilidades de este enfoque filosófico. No entraremos, sin embargo, en los detalles de otras alternativas realistas por razones de extensión. Hands [2001] provee un excelente resumen de las varias tendencias.

⁹ De esta forma, ellos son realistas en relación con el mundo, esto es ellos afirman la existencia del mismo, y son también realistas en relación con la verdad, es decir ellos afirman que están diciendo la verdad acerca del mundo.

¹⁰ Mäki se basa en entrevistas llevadas a cabo por Klamer [1983].

¹¹ El autor no deja claro lo que entiende específicamente por ‘sintáctica’ y ‘pragmática’, pero por sus argumentos podemos suponer que está trabajando con las concepciones clásicas de Morris [1976], base sobre la cual también debatimos, a menos que se diga lo contrario, definimos ‘pragmatismo’ como el estudio de las relaciones entre signos y sus usuarios o intérpretes, y ‘sintaxis’ como el estudio de las relaciones (solo) entre signos. A esto podemos agregar ‘semántica’, que se interesa por la relación entre signos y las ‘cosas’ que ellos designan, y de esta manera, nos alineamos con la perspectiva realista.

¹² Como Hands señala [2001, p.186], el programa fuerte corre el riesgo de reducir la actividad científica a un juego repetitivo de intereses. Esto, no obstante, es uno de los caminos propuestos por la sociología del conocimiento.

¹³ Sobre esto, ver Bicchieri [1988, p.103], cuyo pintoresco ejemplo es extremadamente iluminador: antes de que digamos “*Sally es un dragón*”, debemos tener un conjunto de creencias (‘verdades’) en referencia a Sally y al dragón separadamente. Cuando los vinculamos en la metáfora, los conjuntos de creencias iniciales interactúan y contribuyen a nuestra concepción de nuevos conjuntos. En otras palabras, nosotros no solo tenemos la comparación entre las semejanzas de cada uno de los conjuntos, sino también la *creación* de similitudes. Este aspecto cognitivo de la metáfora no puede traducirse a una ‘oración literal’ como los positivistas pretenden.

¹⁴ No es útil entrar en detalles con relación a esta discusión, pero vale la pena observar que la interpretación rortiana de estos tres filósofos (Descartes, Locke, Kant) es solo una entre tantas otras, las cuales pueden también subestimar las diferencias entre los mismos.

¹⁵ De acuerdo con Coelho [2002].

¹⁶ Con relación al carácter del orador, los autores destacan el interés que Quintilian tuvo por “armonizar los escrúpulos del hombre de honor con sumisión a la audiencia” [*ibid.*, p.25]. Aunque al razonar con la idea de ‘contacto de mentes’, ellos mismos tienden a presentar las virtudes morales del orador como una contrapartida simétrica al carácter de audiencias. En otras palabras, una ‘buena’ audiencia solo estaría de acuerdo en sostener un diálogo con un ‘buen’ orador.

¹⁷ También en el tema de acción, el artículo de Zyskind [1979, p.31] dibuja comparaciones interesantes entre Perelman y Dewey.

¹⁸ De acuerdo con Smith [1995, p.47], *epistêmê* tiene una connotación cercana a la de la ‘ciencia’ hoy.

¹⁹ A pesar de la proximidad a la noción de ‘evidencia’ cartesiana, debemos recordar que Descartes ‘prueba’ la existencia de un Dios que garantiza la evidencia, lo cual no ocurre en Aristóteles.

²⁰ Una característica importante de la retórica sofista señalada por Kennedy es su énfasis en los aspectos estilísticos. Vale recordar que esta es una de las críticas formuladas contra la retórica de McCloskey, como señala Anuatti Neto [1994].

Bibliografía

Ver artículo en inglés.